

*Mensaje del Papa Francisco
para la Cuaresma 2018*

*«Al crecer la maldad, se enfriará
el amor en la mayoría» (Mt 24,12)*



Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año **la Cuaresma**, «signo sacramental de nuestra conversión»¹, que **anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.**

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a **vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia**; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (24,12).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor. Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con **apagar la caridad en los corazones**, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémonos: ¿qué formas asumen los falsos profetas?

¹ *Misal Romano*, I Dom. de Cuaresma, Oración Colecta.

Son como «**encantadores de serpientes**», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de **un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad**. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por **la ilusión del dinero**, que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen **presa de la soledad**.

Otros falsos profetas son esos «**charlatanes**» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece **el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas**. Cuántos se dejan cautivar por una **vida completamente virtual**, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el **engaño de la vanidad**, que nos lleva a pavonearnos... haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), **presenta el mal como bien y lo falso como verdadero**, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está **llamado a discernir y a examinar en su corazón** si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no

quedarnos en un nivel inmediato, superficial, sino a **reconocer** qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo²; su morada es el hielo del amor extinguido.

Preguntémonos entonces: **¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?**

Lo que apaga la caridad es ante todo **la avidez por el dinero**, «raíz de todos los males» (1 Tm 6,10); a esta le sigue **el rechazo de Dios** y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos³. Todo esto se transforma en **violencia** que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano

² «Salía el soberano del reino del dolor fuera de la helada superficie, desde la mitad del pecho» (*Infierno* XXXIV, 28-29).

³ «Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista» (*Ángelus*, 7 diciembre 2014).

enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También **la creación** es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos —que en el designio de Dios cantan su gloria— se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también **en nuestras comunidades**: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta falta de amor. estas son: la acedia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero⁴.

¿Qué podemos hacer?

Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de **la medicina a veces amarga de la verdad**, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma **el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.**

⁴ Núms. 76-109.

El hecho de **dedicar más tiempo a la oración** hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos⁵, para **buscar finalmente el consuelo en Dios**. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El **ejercicio de la limosna** nos libera de la avidez y nos ayuda a descubrir que **el otro es mi hermano**: nunca lo que tengo es sólo mío. Cuánto desearía **que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida**. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de **compartir nuestros bienes con los demás** un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8,10). Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades. Y cuánto querría que también **en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda**, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: **cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos**; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?⁶

⁵ Cf. Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 33.

⁶ Cf. Pío XII, Enc. *Fidei donum*, III.

El **ayuno**, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye **una importante ocasión para crecer**. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno **nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios**, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara **a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad**, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únense a nosotros para **invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos**.

El fuego de la Pascua

Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a **emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración**. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. **Él siempre nos da**

una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la **iniciativa «24 horas para el Señor»**, que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar **el viernes 9 y el sábado 10 de marzo**, inspirándose en las palabras del *Salmo* 130,4: «De ti procede el perdón». En cada diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la **noche de Pascua** reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu»⁷, para que **todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de alimentarnos con el Pan eucarístico nuestro corazón volverá a arder de fe, esperanza y caridad.**

Los bendigo de todo corazón y rezo por ustedes. No se olviden de rezar por mí.

Franciscus

Vaticano, 1 de noviembre de 2018
Solemnidad de Todos los Santos

⁷ *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Lucernario.